

DON BOSCO, PROFUNDAMENTE HOMBRE, PROFUNDAMENTE SANTO

Los contenidos de este tema han sido tomados del libro de P. Brocardo "*D. Bosco, profundamente hombre, profundamente santo*", publicado en 1988 con motivo del centenario de la muerte de D. Bosco.

I. PROFUNDAMENTE HOMBRE

Pablo VI en el discurso que pronunció en la beatificación de Leonardo Murialdo, decía "Nos agrada más conocer el aspecto humano de los santos que su faceta mística o ascética, porque queremos descubrir en ellos lo que tienen de común con nosotros más bien que lo que les distingue".

La vida de D. Bosco rebosa de hechos sobrenaturales y maravillosos, pero ahora vamos a considerarlo, ante todo, en su humanidad, marcado también por las imperfecciones de su naturaleza y tentado por el mundo del pecado y del maligno.

Don Bosco no nació santo; llegó a serlo abandonándose al poder del Espíritu Santo y negándose a sí mismo, escalando paso a paso y con esfuerzo la cima de la santidad. Por naturaleza no era el hombre paciente, manso y dulce que conocemos. En el sueño de los 9 años se manifiesta ciertamente como un muchacho reflexivo, muy generoso, sensible y celoso en la defensa de los derechos de Dios, pero rebela también un temperamento fogoso, impulsivo e incluso violento, cuando se arroja sobre los pequeños blasfemos para hacerlos callar "a golpes y puñetazos".

Él mismo también confiesa que sentía "*gran repugnancia a obedecer y a someterse*"; tendía, por naturaleza, a defender tenazmente sus puntos de vista queriendo "*siempre hacer mis caprichos frente a quien me mandaba o me daba buenos consejos*".

D. Francisco Cerruti pone de manifiesto su "*fuerte tendencia a la ira y a la afectividad (...) era proclive a mostrarse altivo*". Resentida por no haberlo ganado para su causa, la marquesa Barolo lo tachará de "*terco, obstinado y soberbio*".

El P. Jerónimo Moretti, pionero de la grafología, reconoce en su libro "*Los santos por su escritura*", que el temperamento de Don Bosco es "muy difícil" de definir. Es un santo que para ser virtuoso "*tiene necesidad de someterse a muchas renunciaciones, a las que se rebelan sus tendencias innatas...*". Es un jefe, sin duda, que, para hacer el bien, tiene necesidad de contradecirse a sí mismo en grado máximo para canalizar rectamente sus intenciones y sus obras.

Por poco que se hubiera dejado llevar, hubiera sido un hombre fracasado y un santo frustrado. "*Si el Señor no me hubiese encaminado por esta vía (de los Oratorios), temo que hubiera corrido el peligro de tomar un camino equivocado*".

Lo que a primera vista impresionaba de Don Bosco era el hombre antes que el santo. Sus cualidades humanas eran verdaderamente muchas, contrarias y complementarias, armoniosamente encadenadas y fundidas entre sí.

De Don Bosco, podía decirse que era al mismo tiempo: alegre y austero, tenaz y dúctil, tradicional y moderno, diplomático y sincero, pobre y hace obras de caridad, cultiva la amistad y no tiene preferencias, rápido en concebir y prudente en la ejecución, amante de las cosas bien hechas pero sin ser perfeccionista, concibe a lo grande pero tiene el genio de lo concreto, lo encausa todo a sus fines pero no manipula a las personas, sabe hacerse amigo del adversario pero no abdica de sus principios, educa previniendo y previene educando, corre con los tiempos pero no es del mundo...

Don Brocardo, entre las antinomias positivas de su existencia, subraya estas tres:

- voluntad indomable pero flexible
- bondad paternal pero exigente
- sensible y fuerte

Voluntad

Tenía una innata capacidad de acción, una fuerte seguridad en sí mismo y una voluntad de hierro, “*indómita e indomable*” (Pío XI). Fuerte en el querer, era lento en el deliberar. Meditaba largamente sus proyectos, los confrontaba con su experiencia, pedía consejo, consultaba con el Señor en oración, pero, cuando había tomado una determinación, ningún obstáculo podía detenerlo. “*Don Bosco – decía – no es hombre que se quede a mitad de camino cuando ha puesto mano a una empresa*”.

Don Bosco es también flexible, no sólo en perseguir “a paso corto” las metas que se propone. Su sistema pedagógico es una obra maestra de razón, amabilidad y religiosidad, sin espacio para la ley inflexible: sobre la “frialidad del reglamento” deben prevalecer las razones de la bondad y del corazón.

Bondad paternal

No es posible pensar en Don Bosco y en su obra sin evocar su dulce bondad paternal, su gran corazón oratoriano, fundamento de su pedagogía. Gozaba al sentirse llamar padre. Recomendaba a sus directores: “*Más que superiores, sean padres, hermanos, amigos*”. Tuvo todas las experiencias del padre: el amor tierno y fuerte hacia sus hijos de adopción, la resistencia en el trabajo y en el dolor y el agudo sentido de responsabilidad del cabeza de familia.

Siempre padre, sin embargo, Don Bosco no fue un padre permisivo y débil; no abdicó jamás de sus responsabilidades. La parte odiosa la dejaba a sus colaboradores; pero todos sabían que era intransigente y firme, especialmente en materias de hurto, de blasfemia y de escándalo.

Sensibilidad

Don Bosco era un hombre de sensibilidad exquisita y profunda, capaz de intensa vibración; un hombre fácil también a la conmoción y a la ternura afectiva, capaz de gozar y sufrir con los demás. Su médico confirma que quedó impresionado, en los coloquios íntimos que tuvo frecuentemente con Don Bosco, de su sensibilidad extrema, propia de los genios más extraordinarios. Siempre unida a la excepcional exquisitez de su sensibilidad moral. Una sensibilidad instintiva que tenía en sí misma algo de ternura y de cariño maternal, adquiridos en la escuela de Mamá Margarita y de María Santísima, presencia siempre activa en su vida.

Esta sensibilidad, que se agudizará con los años, ya tuvo claras manifestaciones en su juventud. Participaba intensamente en los sufrimientos de sus jóvenes, en caso de enfermedades, de muerte de los padres, de desgracias. Se conmueve ante las más pequeñas demostraciones de afecto, los recibimientos después de las largas ausencias del Oratorio, los gestos de bondad de los bienhechores y de amigos.

La sensibilidad de Don Bosco era tan intensa que hubiera podido romper su delicado equilibrio interior de no haber poseído, como virtudes complementarias, el pleno dominio de sus sentidos, de sus facultades superiores y una fortaleza de alma a toda prueba. Sin su profunda sensibilidad, hubiera faltado algo esencial a la amabilidad salesiana, que ha de saber amar y hacerse amar a través de signos visibles.

II. PROFUNDAMENTE SANTO

Don Brocardo, en su libro *“Don Bosco profundamente hombre, profundamente santo”* dice que, aunque Dios puede hacer cosas grandes en criaturas limitadas, las grandes obras maestras de la gracia surgen normalmente en criaturas bien dotadas, como en el caso de Don Bosco, del que Joergensen dice que fue *“uno de los hombres más completos y más absolutos que haya conocido la historia”*. Cita también las palabras de Pío XI después de su visita a Valdocco: *“una magnífica figura que su inmensa e insondable humildad no lograba ocultar... una figura de gran talla, dominadora y fascinante: una figura completa, una de esas almas que en cualquier camino que emprendiera, hubiera dejado una profunda huella...”*.

Estas cualidades humanas que observaban en Don Bosco eran fruto del trabajo continuado sobre su carácter, ejercido a lo largo de toda su vida, para dominar aquellos rasgos que podían perjudicar a su propósito de educar y evangelizar a los jóvenes.

El sentido del equilibrio, progreso gradual y armonía son las características de su itinerario hacia la santidad.

Los primeros pasos en la virtud los aprende en la escuela de su madre Mamá Margarita, que sabía llegar a su corazón con delicadeza pero también con inflexible firmeza; en el momento oportuno, frente a sus caprichos, sabía corregirlos con intervenciones decididas, razonadas y motivadas con pensamientos de fe; junto a la educación materna, la personalidad de Don Bosco se desarrollaba sin complejos ni ansiedades de ningún género.

Su primera adolescencia es del todo ejemplar, caracterizada por el profundo sentido de lo divino y de la oración, la actividad apostólica, capacidad de autodomínio, el valor para afrontar las incomodidades de la pobreza... En la escuela de Don José Calosso, ya adolescente, hace nuevos progresos en la virtud; con él comenzó a gustar lo que significa la vida espiritual; también la amistad con Luis Comollo marca un cambio en su vida espiritual, el comienzo de un auténtico camino hacia la santidad.

Es un hecho que entró en el seminario con el designio de cambiar radicalmente de vida; en esta etapa de su vida, Don Bosco manifiesta la lucha que hubo de sostener en su empeño de combatir los rasgos negativos de su carácter, y llegar a ser dueño de sí mismo, todo de Dios y de los demás, especialmente de los jóvenes.

En su plena madurez y en su tercera edad, Don Bosco posee realmente un seguro dominio de sí mismo; una gran paciencia y una dulzura de trato sin par. Sin embargo, él mismo nos dice: *“No piensen que no me cuesta también a mi permanecer tranquilo; les aseguro que algunas veces me hierva la sangre en las venas y un hormiguelo domina todos mis sentidos. ¿Qué hacer?... ¿Impacientarme?... Cuando estén agitados o enojados, absténganse siempre de reprender o corregir. Habrá casos en que nos veamos casi obligados a gritar un poco. Hágase, pero medítese un momento, ¿cómo actuaría san Francisco de Sales en este caso?”*

1. Dimensiones esenciales de la santidad de Don Bosco

Las dimensiones esenciales de su santidad son ciertamente muchas, dada la riqueza y complejidad de su personalidad. Don Brocardo, en el libro citado, recoge las siguientes:

- La mística del *“Da mihi animas”*
- El trabajo inmenso
- La vida de oración
- La ascesis de la templanza y de la mortificación
- Trabajo entre dos
- Trabajar con *“fe, esperanza y caridad”*

- La acción “*lugar de encuentro espiritual*” con Dios.

Nosotros nos centraremos en cuatro.

a. La mística del “*Da mihi animas, coetera tolle*”

Este es su lema, su obsesión, su mística. Es la idea unificadora de toda su vida: sólo vivía de ella y para ella.

Esta mística es concentración en Dios, pero también consecuencia directa de ser sacerdote, llamado para colaborar con Cristo en el misterio de la salvación; él siempre decía “un sacerdote siempre es un sacerdote, y como tal debe manifestarse en todas sus palabras; el que se hace sacerdote ha de ser un santo sacerdote”.

Cuando predominaba la idea del sacerdote alejado, encerrado en su mundo y en su iglesia, Don Bosco se revela como un precursor, manifestándose, con los hechos, sacerdote enteramente consagrado a su misión, abierto al soplo histórico del Espíritu, proyectado en lo social y sobre el prójimo, abierto al servicio de todos pero especialmente al de los jóvenes y los humildes. Para él no existe antinomia entre la vida espiritual y la vida pastoral.

“*Salvar el alma*” y “*cooperar a la salvación de las almas*” son palabras constantemente repetidas por Don Bosco a los jóvenes, a los salesianos, a las personas de las clases más humildes y a las de las clases elevadas... Esta es la idea unificadora de toda su vida. “*No dio un paso, no puso mano a ninguna empresa que no tuviese por mira la salvación de la juventud. Dejó que otros acumulasen tesoros, buscasen placeres y corriesen tras los honores; Don Bosco no tuvo en el corazón más que las almas: dijo con los hechos, no solamente con las palabras **Da mihi animas, coetera tolle**” (D. Miguel Rúa).*

Esta predilección por las almas y por su salvación, no debe hacernos pensar que para el santo el hombre se redujese solamente al alma. Cuando él habla de la salvación de las almas, está tomando al joven en su ser concreto, como individuo destinado al cielo, pero que tiene que cumplir una misión en la tierra; hay que salvar al joven por entero, y, por su medio, salvar a toda la sociedad.

El trabajo de Don Bosco, sacerdote-educador-pastor se reduce concretamente a tres objetivos prácticos.

- **Primero:** satisfacer las necesidades materiales y primordiales de los jóvenes.
- **Segundo:** ayudarles a madurar y crecer en el plano humano y social, para hacer de ellos “*honestos ciudadanos*”
- **Tercero:** educarlos cristianamente.

La mística del “*da mihi animas*” unifica indisolublemente promoción humana y sobrenatural.

b. El trabajo inmenso: “la escala mística” del trabajo. Su testimonio.

Don Bosco hizo del trabajo su bandera; se santificó trabajando y trabajando mucho.

Las necesidades educativas y sociales, profundamente intuitas en perfecta relación con los nuevos tiempos, le llevaron a descubrir la gran ley de educar con el trabajo; sintió el extraordinario poder del trabajo como instrumento educativo para construir la personalidad humana en todos los sentidos y momentos; estimó el trabajo como camino de ennoblecimiento del espíritu; lo consideró como un asunto vital, jamás como medio para enriquecerse; lo quiso como plenitud, salud y santidad de vida.

Don Bosco intuyó la suprema grandeza santificadora del trabajo, entendido como actividad apostólica, caritativa y humanizante; no dudó en hacer de él su escala mística para llegar hasta Dios.

No separó el trabajo de la oración. *“Si ha habido un santo que haya unificado y personalizado en sí mismo los dos elementos de la tradición benedictina “reza y trabaja” en los tiempos modernos, este fue Don Bosco”* (Cardenal Salotti).

Pero no es la oración lo que más resalta en él. *“Lo que más se manifiesta al mundo es su trabajo intenso y desinteresado. Es un santo extremadamente concreto; no cree en la piedad que no se exprese en la vida, que no se convierta en acción; no cree en la caridad activa que no se traduzca en un trabajo incesante por amor a Dios y a los hermanos”* (C. Colli).

Sólo le parecía bastante creíble el lenguaje de los hechos y de las obras. *“El mundo se ha hecho materialista- nos decía-, por eso hay que trabajar y hacer conocer el bien que se hace. El mundo tiene necesidad de ver y tocar, quiere ver obras, quiere ver al clero trabajando...”*, por eso quiso ver fundada su institución sobre la gran ley del trabajo y decía con buen humor que *“el hábito de sus religiosos sería el de las mangas remangadas”*.

En Don Bosco, más eficaz que sus palabras, es el testimonio de su vida. Una vida, como la definió Pío XI, *“que fue un verdadero propio y gran martirio, una vida de trabajo colosal que daba impresión de agobio sólo con verla”*.

En los procesos apostólicos, el Promotor de la Fe lo proclama apóstol extraordinario – *maximum-* del siglo XIX.

c. La ascesis de la templanza y de la mortificación

El rechazo de la ascesis cristiana en la sociedad actual es consecuencia del rechazo de Dios. Porque si la ascesis tiene un sentido, una fecundidad, sólo puede encontrarse en la participación en la ascesis del Señor y en el misterio de su cruz. La ascesis entra como elemento ineludible en el plan de la salvación y sigue al cristiano como la sombra al cuerpo.

Es verdad que la experiencia ascética de D. Bosco presenta aspectos superados por el tiempo y modalidades de expresión que ya no son de actualidad; sin embargo, cuando se va a la raíz de las cosas, al espíritu evangélico que le anima, tenemos que afirmar que, también hoy, la ascesis vivida y enseñada por D. Bosco tiene mucho que decir a nuestro sentido cristiano.

• Templanza

La ascesis de Don Bosco se ha expresado siempre en el binomio inseparable “trabajo y templanza”. Es la herencia dejada a sus hijos. Recordemos el “Sueño de Lanzo” (1876): *“El trabajo y la templanza harán florecer la Congregación Salesiana”*. *“Son dos armas con las que conseguiremos vencer a todo y a todos”*. Son los dos diamantes que dan brillo a su rostro simpático y amable; están colocados sobre el hombro derecho y el izquierdo como marcando la figura del salesiano (“Sueño de los Diamantes”). A la ascesis del trabajo, él ha asociado deliberadamente, la ascesis de la templanza, mortificación y sentido austero de la vida.

En la vida del cristiano, la templanza es una “actitud de fondo”, un “eje existencial” que comporta la presencia de otras virtudes satélites, de las que Don Viganó enumeró el siguiente elenco que hay que tener en cuenta al hablar de la templanza de Don Bosco:

- la humildad frente la soberbia,
- la mansedumbre frente la ira,
- la clemencia frente a la venganza,

- la modestia frente a la vanidad,
- la sobriedad frente a los excesos,
- la sencillez frente al despilfarro y
- la austeridad frente a la comodidad.

Esta templanza (manejo de virtudes) la vivió Don Bosco, sobre todo, en función de la caridad pastoral y pedagógica, del crecimiento en el amor que no se limita a amar, sino “en saber hacerse amar”.

Fruto de su templanza interior son: su constante actitud de conversión, la mansedumbre y amabilidad que le ganan los corazones. Ella es, además, la defensa de los grandes valores teológicos de la Fe, Esperanza y Caridad, en los que el santo se fundamenta. Él quería templanza y moderación en todo, también en el trabajo apostólico: *“trabajen, trabajen mucho – decía -, pero háganlo de manera que puedan hacerlo durante mucho tiempo”*.

A los misioneros les recordaba *“Tengan cuidado de la salud; trabajen, pero sólo lo que permitan sus fuerzas”*. En el pensamiento de Don Bosco, la templanza no es, primariamente, el conjunto de renunciaciones, sino el crecimiento en la praxis de la caridad pastoral y pedagógica. Está, antes de todo y siempre, en función de la mística de *“Da mihi animas”*, por eso no se cansó nunca de repetir: *“La Congregación Salesiana durará mientras los socios amen el “trabajo y la templanza”*.

- **Sobriedad y continencia.**

Estas dos virtudes satélites de la templanza, entendida como actitud esencial de base, brillan en Don Bosco de una forma especial. Quería que sus hijos fueran modelos de sobriedad y templanza: *“Huyan del ocio y las discusiones; gran sobriedad en comida, bebida y reposo”*; *“No les digo que ayunen, sin embargo les recomiendo una cosa: la templanza. Cuando comiencen entre nosotros las comodidades y el bienestar, nuestra sociedad habrá cumplido su misión”*.

También en su vida brillan con luz singular la pureza y la continencia contra las tendencias de la carne. No estuvo exento de la tentación y así lo confió con sencillez a sus íntimos, entre ellos, a Don Rúa. Era, por lo tanto, un hombre expuesto al viento de la tentación como nosotros, pero en lo que se diferencia es en la lucha victoriosa que sostuvo en este frente, en la docilidad a las mociones del Espíritu y en la práctica heroica de la castidad.

En el espíritu de Don Bosco -dice Don Viganó- se encierra un fuerte mensaje de pureza... y así lo afirmó repetidas veces: *“Lo que debe distinguir a nuestra Congregación es la castidad, como la pobreza a los hijos de Francisco de Asís y la obediencia a los de San Ignacio”*.

- **Mortificación**

La mortificación cristiana, tanto interna como externa, ocupa un campo vastísimo; recordemos: (Lucas 5,11), (Lucas 9,23), (Col 3,9), (Gal 5,24), (2Tm 4,7), (Col 3,3) . Esto nos indica que para el cristiano no existe posibilidad de salvación sin la participación en el misterio de la muerte y de la cruz de Cristo. No por una especie de aflicción y de sufrimiento, querido como fin, sino como una exigencia de amor y de fidelidad a Cristo. También en esto Don Bosco se presenta como modelo. Su vida y la de todos los que seguimos sus huellas está claramente delineada en el “sueño de la pérgola de rosas”.

“Ella me dijo: “Sábetete que el camino que has recorrido entre rosas y espinas significa el cuidado que tienes que emprender por la juventud: tú tienes que caminar con el calzado de la mortificación”.

Su camino siempre estuvo sembrado de espinas: en familia, al fundar el Oratorio, espinas a causa de sus Lecturas Católicas, por falta de medios, por parte de su propio personal, por parte de la autoridad diocesana, las debidas a enfermedades y trastornos de salud... Todo aceptado por amor a Cristo crucificado y a las almas.

Toda su vida se caracteriza por ininterrumpidos esfuerzos ascéticos; pero su ascetismo no es el clásico y espectacular de los santos; es el ascetismo de lo cotidiano, de las pequeñas cosas, de las mortificaciones no menos duras y constantes que impone el cumplimiento del deber. *“No les recomiendo - leemos en su testamento - mortificaciones particulares; adquirirán grandes méritos (...) si saben soportar las penas y los disgustos de la vida cristiana con resignación.”* *“Tus mortificaciones – es el consejo que da a sus directores – consistan en la diligencia de tus deberes y en soportar las molestias de los otros...”* *“En todas partes hay amarguras que sufrir, – repetía – que se llaman mortificación de los sentidos; y de ellas triunfaremos elevando los ojos a Jesús crucificado”.*

Cuando mamá Margarita había determinado volver a I Becchi, no dijo nada, pero le indicó el crucifijo colgado en la pared. Cuando se quiso poner en el Índice sus Lecturas Católicas exclamó: *“¡Oh Jesús mío! Tú sabes que yo he escrito este libro con buen fin... Hágase tu voluntad”.* Sabía muy bien que la caridad que salva las almas es la caridad crucificada.

d. La acción: “lugar de encuentro” espiritual con Dios

La vida de Don Bosco siempre estuvo inundada por la oración como un río por sus aguas. Sin embargo, la oración no es el único medio con el que el santo vivía en intimidad con Dios. Junto a la unión de la plegaria, conocía y practicaba “la unión práctica o activa” con Dios, realizada en la acción y a través de la acción.

La unión práctica es, esencialmente, participación en diversos grados, en la acción creadora y salvífica de Dios. Podemos distinguir tres niveles: apostólico, caritativo y profano, de los que Don Bosco se sirvió como medios para llegar a Dios y hacer de su multiforme actividad el lugar habitual de su encuentro con el Señor.

- **Unión a través de las actividades apostólicas**

Las actividades apostólicas de Don Bosco, entendidas en sentido estricto, se distinguen de toda otra forma de actividad benéfica. En este tipo de acción, Don Bosco es instrumento de Dios en virtud de la ordenación sacerdotal. Esto significa que no sólo son espirituales sus intenciones, sino que también es espiritual la estructura misma de la acción que realiza, porque prolonga la acción salvífica y actual de Cristo.

La acción apostólica facilita de este modo la unión con Dios. *“Basta que el apóstol, por así decirlo, se adhiera seriamente a su actividad apostólica para que penetre en el orden sobrenatural y participe en la efusión de la gracia.”* (Ch. Bernard).

Es lo que el Concilio recomienda a los sacerdotes. Para que alcancen la santidad “en el modo que les es propio” es suficiente que ejerzan sus propias funciones *“en el Espíritu de Cristo... y con empeño sincero e infatigable.”*

Que el ejercicio intenso de su apostolado (evangelización, sacramentos, oración, etc.) sea uno de los grandes medios con los que Don Bosco vivía intensamente su unión con Dios, está fuera de toda discusión. “El amigo de los jóvenes” y de la “clase obrera”, “el precursor de los tiempos nuevos” es siempre y ante todo ministro del Señor, profeta de Dios, que actúa y obra en su nombre.

Muchos quedaban estupefactos ante sus obras, ante sus audaces empresas; él, más

modestamente, se consideraba como el humilde instrumento en las manos del artífice divino: *“Mira al artífice y no al instrumento que provee- confesaba- los medios para proseguirlas y conducir las a buen fin; a mí sólo me toca mostrarme dócil y maleable en sus manos”*.

- **La actividad caritativa.**

Sus actividades caritativas eran otra vía para vivir en comunión con Dios, actividades que llenan los 20 volúmenes de las Memorias Biográficas.

La tradición cristiana desde San Agustín a San Gregorio, a San Bernardo y a los santos modernos, jamás ha disociado la vida cristiana del empeño de la caridad. Cuando se impone la elección entre la oración y un deber de caridad, todos afirman que el deber de caridad es más urgente porque responde a una más clara voluntad de Dios. (cf. Mt. 25, 31-46).

Don Bosco siempre se movió en esta perspectiva. Amaba a Dios en el prójimo y al prójimo en Dios. Decía: *“Quien quiera trabajar con fruto debe tener la caridad en el corazón”*. *“Son los lazos de la caridad los que nos unen por doquiera al Señor”*. Estaba convencido de que los jóvenes son *“las delicias y las niñas de los ojos de Dios”*; y los amaba con un amor sin límites: *“Lo propio de mi vida es estar con vosotros”*. Por ellos dio *“el alma y la vida”*.

Don Bosco se entregó literalmente por el prójimo; pero hay que decir también que el prójimo- especialmente los jóvenes- han sido el sacramento en el cual él se encontraba cotidianamente con el Señor.

- **La unión a través de las “actividades profanas”**

También las actividades de tipo profano- trabajos normales, profesionales, escuela, prensa, cultura, etc.- eran para él lugares de encuentro con Dios, caminos para llegar a Él, porque toda actividad, con tal que sea honesta, es siempre una participación en la obra de Dios.

Él santificaba estas actividades orientándolas intencionadamente a Dios. La recta intención tiene una gran importancia en su espiritualidad, en su trabajo santificado. Todo estaba motivado en su vida y tenía como finalidad la gloria de Dios y la salvación de las almas.

En su sano realismo, Don Bosco, no disociaba la buena intención de las buenas obras; prefería las obras no demasiado perfectas a las buenas intenciones de las que está empedrado el infierno. Exigía que *“se hicieran las cosas”* y añadía: *“lo mejor posible”*; pero se contentaba también aunque sólo fuera con lo posible.

Consideraba el deber cumplido con exactitud como la mediación más segura y fácil para realizar la *“unión práctica”* con Dios.

Su espiritualidad es *“la del deber”*. Santos como Agustín, Gregorio Magno, incluso el mismo Cafasso, sintieron siempre, en medio de su actividad, una gran nostalgia por los tiempos dedicados a la oración. Nada semejante se encuentra en la vida de Don Bosco. Cuando, por las noches, remienda con mamá Margarita, no aparece dividido entre la oración y la acción; acepta lo profano y lo transfigura en lo que Don Viganó llamaba *“la Gracia de Unidad”*.

Don Viganó nos dice que en esta gracia de la vida interior de Don Bosco encontramos el elemento más estratégico de la interioridad salesiana. Unidad entre la mirada a Dios- adoración, escucha, oración- y el empeño de salvación que le lanza a los jóvenes, pero de modo que lo uno sea un soporte, un lugar de búsqueda y de referencia para lo otro. Una

espiritualidad que no sacrifica la oración a la acción, ni la acción a la oración.

No es la cantidad de oración la que decide sobre la santidad, como tampoco es la cantidad de acción, sino el grado de intensidad de la Fe, Esperanza y Caridad, subordinado a la voluntad de Dios, lo que constituye la regla suprema de nuestra oración y de nuestra acción. Cuando la voluntad de Dios llama a la oración, es necesario orar, cuando llama a la acción, es necesario obrar.

III. Conclusión

La vida de Don Bosco es un signo tangible de las transformaciones que el Espíritu Santo obra en el corazón de los hombres. Su vida, dominada por la vorágine de la acción, puede convertirse en paradigma para todos nosotros; su vida es un modelo concreto de "unidad espiritual" vivida en la "práctica activa".

El hecho de que Don Bosco atraiga hacia sí, aún hoy, a multitud de jóvenes, significa que podemos recoger sin temor el mensaje de su santidad. Hoy nos sigue invitando a que cultivemos el don más grande que podemos ofrecer a los demás: "Nuestra Santidad".